

Poesía

---

**SOMBRERO DE AHOGADO**

**JAIME JARAMILLO ESCOBAR**

© Jaime Jaramillo Escobar

© Autores Antioqueños, 1984

© Editorial El Propio Bolsillo, 1991

## SOMBRERO DE AHOGADO

*Las palabras del año pasado pertenecen al lenguaje del año pasado, y las palabras del año que viene aguardan otra voz.*

T. S. ELIOT

*Lástima que los poetas hayan usado símbolo y metáfora, y nadie haya aprendido nada de ellos por hablar en figuras.*

EZRA POUND

## PERORATA

¡Señoras y señores, oh, señores!

Mirad esta caja roja. ¿La veis? En ella traigo mi poema, que se irá desenrollando ante vosotros, aquí frente a vuestras miradas, haciendo sonar sus crócalos de colores y estirando la cabeza para veros mejor y de vez en cuando lanzaros un picotazo.

Ya la voy a abrir, la estoy abriendo, ya se mueve, poned atención, el poema empezará a salir pronto de esta hermosa caja roja con música incorporada, esta caja de sorpresas tan liviana y tan bella.

Mientras muevo mi mano en su interior para amansar el poema, os voy diciendo, oh señores: no leáis poemas pesados, ni ásperos. El poema tiene que ser flexible, escurridizo, ondulante, con un cuerpo frío que os estremezca y en la cabeza una boca capaz de haceros cualquier cosa.

Atención, señores, ya empieza a salir el poema. Mientras sale, os voy diciendo, oh señores: no comáis poemas calientes; el buen poema se come frío.

Yo no os traigo la serpiente más larga, extensa, dilatada o interminable del Amazonas; ni he cazado la flor viva de la victoria regia; ni este animal tiene pico de tucán.

Señores, oh señores, en el aeropuerto de Medellín conversaban dos señores: –Mi hijo mayor, ingeniero, se casó, tienen un niño; Inés Clara, su esposa, un encanto, de la mejor familia. Pero Luis Carlos, el menor, qué desgracia, su madre está desconsolada. Hemos hecho todo lo posible, no tiene remedio, ¡qué desgracia tan grande! Se dedica a la lectura de poemas, ¿comprende usted, querido amigo? ¡Y yo que lo creía tan inteligente!

¡Señores, oh señores! Esta caja ha viajado conmigo medio mundo. No siempre he puesto en ella ágiles y rebeldes poemas. A veces también mi muda de ropa. Pero es la caja del poema, de todos modos. Consideradla si queréis como una jaula. En ella he llevado el pájaro que no existe.

Los de más cerca, apártense un poco. Los de más allá, acérquense más. Hagan un círculo perfecto, tómense de las manos, aquí está saliendo esta cosa verde que es el poema. A ver, caballero, ¿cuánto cree usted que tiene en su bolsillo? Déme la mitad y verá el monstruo completo. No es para mí, es para comprarle la leche a él.

Señoras y señores, en cierta ocasión, andando por un lejano país, trabé amistad con un poeta local, uno de su provincia, que no conocía del mundo más que unas cuantas estrellas. Con una que hubiera conocido bastaba, porque todas son iguales, pero la cantidad era importante para él. El mundo es mundo por ser innumerable, me dijo. ¿Qué sería de nosotros si tuviéramos un solo dios?

Aquí donde me veis, he sido muy recorrido desde niño. Estuve en el Brasil, donde toda la tierra se llena de sapos después de los inmensos aguaceros. Del Brasil es esta mano roja con uñas de oro para la suerte, la suerte buena, porque la mala me la curaron en Bahía.

Sí señores, caballeros: no temáis. Este verso es un endecasílabo, bueno para el insomnio; y éstos son tercetos, contra las quemaduras. Y una décima para el dolor de cabeza. Dije una décima; no una pócima.

¡Señores, caballeros! He aquí los seres del bosque, pálidos y mojados entre la lluvia torrencial. En sus cuevas se esconden, en los troncos vacíos, debajo de las hojas grandes se esconden, pero el aguacero implacable crece. Fabricad una casa para el tapir, un palacio para el tigre. Los seres alados con sus alas se cubren, pero el Padre y el Hijo sólo tienen un delgado manto, todo ensopado.

Os voy a decir, señores, sí, os lo voy a decir, qué es lo que hace el poeta:

Poner una veleta en la ventana para desorientar a los pájaros.

Labrar peces de hielo para cambiárselos al Mar por peces verdaderos.

Guardar granizo en la bodega para comer en verano delante de los amigos.

Descubrirse ante el ventarrón y entregarle su paraguas al revés.  
Borrar con la manga las manchas de sombra en los cristales.  
Subirse en una silla de tijeras para pintarle bigotes a la luna.  
Escudriñar el horizonte para ver si en el viento hay un señor con cabeza de pájaro.  
Decirle a la Aurora dónde vive un malvado para que no pase por el patio de su casa.  
Cuando el arco iris aparece, ir y amarrarlo de pies y manos para ver cómo brilla de noche.  
Pescar antenas de televisión y rajarles el buche para sacarles todas las imágenes de mujeres que se han tragado.  
Colocar faros de espejo en la alcoba para los grandes bacalaos de ojos de reina.  
Ir a contemplar los negritos en la playa, que le arrancan mechones a una nube de verano para hacer ovejas con cara de cera negra. Para hacer palomas con pico negro. Para que sus mamás les regañen por haber dañado el cielo.  
Si se encuentra un cocodrilo cantar himnos con él, y en general cantar con todos los seres, hasta con una máquina que es tan fiera, o con un ángel supersónico.  
Hacer al jardín la visita de cortesía.  
Manejar el agua con el dedo chiquito y decir todo lo que le dé la gana, que para eso es poeta.  
No dejar nunca de pensar en lo que está oculto, a fin de descubrirlo. El poeta es el que saca un sombrero del buche de un conejo.  
Y muchísimos otros trabajos que no revelo para que vosotros no aprendáis el oficio de poeta.  
Os han dicho, sí, yo sé, os lo han dicho, lo que es la poesía. La poesía es todo eso que os han dicho, y también esta cajita roja vacía en la que, como podéis verlo, no hay nada, absolutamente nada, sino ella misma sola por dentro.  
  
Adiós, señores, ya me voy. Viene la policía. Os dejo mi sombra.

## SARTA DEL RIO CAUCA

Bajábamos –mi caballo y yo– dos veces al año hacia el río Cauca.  
De las altas montañas bajábamos, y al amanecer divisábamos el río entre piedras negras y palmeras, y era una gran alegría ver este río.  
Viajábamos de noche con la luna de agosto y con las lluvias de enero en enero,

Pero mi caballo se sabía el camino de memoria o lo inventaba,  
El que veía –porque yo no veía nada–.  
Yo tenía trece años, mi caballo tenía cinco; éramos muy jóvenes para andar solos por ahí.  
Qué amigazo era mi caballo, más inteligente y más instruido que yo,  
Y sin embargo era yo el que llevaba las riendas del freno,  
Sólo por ser el hijo del dueño del caballo, como siempre sucede.  
Pero yo le ofrecía pedazos de panela en mi mano, mirándolo de frente,  
Y nunca cometí la torpeza de vaciarle una botella de cerveza en la testa coronada por sus dos  
nerviosas orejas.  
Yo lo llamaba por su nombre y apellido y él venía a mí con un suave trote amoroso,  
Subiendo desde el fondo de la cañada donde la bruma no se levantaba aún, dormida sobre los  
pastizales de yaraguá, grises y constelados de rocío a las seis de la mañana.  
Durante el viaje, yo le recitaba a mi caballo todos los poemas de Porfirio Barba-Jacob, los cuales se  
esparcían por las desiertas montañas.  
No recuerdo ningún comentario de mi caballo acerca de los poemas, pero si yo dejaba de recitar, él  
se detenía.  
Por supuesto que antes de salir yo había bañado mi caballo,  
Lo había tenido conmigo en el patio de atrás de la casa, dándole de comer dulce caña picada,  
aguamiel con salvado, bananos partidos,  
Y lo había peinado, acariciado, dándole palmadas en las ancas,  
Con cepillos de raíz le había alisado el pelo y con un peine de cacho le había peinado  
cuidadosamente la crin y la cola,  
Y había revisado los aperos: la alfombra roja para el lomo, el freno limpio, la cincha suave pero firme,  
la montura adornada con grabados y bollones, los estribos de cobre labrado, los zamarros de  
piel, mi sombrero de fieltro. Mientras no me calara aquel sombrero, el caballo no entendía que  
pudiésemos partir.  
Mi padre miraba todo muy despacio y muy serio,  
Y si no había ninguna falla aprobaba con la cabeza.  
Yo sé que ese caballo dejó de existir hace mucho tiempo, y que yo le sobreviví injustamente.  
Era un caballo de larga crin, llamado don Palomo Jaramillo.  
El río Cauca no sabía nada de eso porque venía de muy lejos, de las tierras llanas,  
Tan sereno, tan colmado de grandes peces –entonces–.

El río que había pasado por sus orillas donde negros bebían en quioscos de palmiche,  
Vivían en chozas, trabajaban, no trabajaban, peleaban entre sí con larguísimas peinillas de acero  
inoxidable, marca Corneta,  
Negros que habían vertido su sangre en el río, su sudor, sus lágrimas,  
Que celebraban el sábado en los puertos, cada puerto con su estación del ferrocarril y esas botellas  
verdes de Pilsen para la sed, para las ganas de beber, para el coraje de pelear.  
A la altura de Anzá las turbias aguas del río se cruzaban en canoa, llevando de la brida a mi caballo  
para que no se ahogara.  
Nadaba pesadamente el caballo, pero tenía mucha resistencia a las aguas impetuosas.  
Mi caballo me vio tomar aguardiente; no dijo nada.  
Me llevó borracho a casa, me acarició con el belfo, con el lado de su cabeza.  
Se paraba muy firme, me miraba fijo, me decía –¡Vamos!  
Al galope corría con sus crines al viento para darme alegría,  
O me llevaba con toda seguridad por los malos caminos, en aquellos inviernos.  
Desde que no tengo caballo y me veo obligado a rodar en auto, vivo completamente extraviado  
dentro de mi auto.  
Los paisajes a cien kilómetros por hora no tienen pies ni cabeza, y no pueden decir nada porque se  
marean,  
Pero mi caballo sí que sabía de paisajes; era un caballo paisajista,  
Un caballo de un solo caballo, pero más majestuoso que el Rolls Royce de la Reina.  
El río más bello del mundo es el primer río, donde nos bañamos desnudos,  
Y los demás son los otros ríos, así como las otras mujeres, y los otros amigos.  
Si el río Magdalena no me dijo nada cuando yo estaba muchacho, ya para qué me habla; que no me  
hable.  
Yo tuve una larga conversación con el río Cauca y me lo dijo todo,  
Todo lo mismo que hubiera podido decirme el río Magdalena,  
Pero el río Cauca me puso la mano en el hombro y me habló al oído,  
Y el río Magdalena no me gusta porque habla a gritos.  
Yo fui con mis amigos al río Cauca y lo atravesamos a nado, en Anzá, en Cangrejo, Tulio Ospina, La  
Pintada, Cali,  
Pero yo no he atravesado a nado ningún río Magdalena.

El río Magdalena me quiere ahogar, quiere hacer olas y taparme, si me pone un brazo encima me aplasta. Temo mucho del río Magdalena.

Por las orillas del río Cauca me paseaba como un rey en su baraja.

En el puente de Bolombolo me atuve a conversar con gentes que pasaban, con un amigo, con la noche solitaria.

El puente de Bolombolo desaparecerá bajo las aguas de una presa,

Y con él todas las casas y las grandes bodegas de techo de *Zinc*.

Sólo el nombre de Bolombolo perdurará en los poemas de León de Greiff,

Quien tuvo el privilegio de ver nacer el puerto, cuando se construía el ferrocarril.

El olor de la hulla desapareció con los trenes, sólo quedan las putas,

Que desaparecerán bajo las aguas de la presa, con los billares patas arriba, los restaurantes de caliente sopa, y mi revólver de inspector de policía.

Por el puente de Bolombolo perseguí a un bandido una noche, el bandido se arrojó al río, hice un disparo al aire para poder ir a tomar cerveza con el teniente y conversar del asunto.

Agua del río Cauca,

En lindos vasos de cristal te bebo ahora, un poco amarillenta, seguramente no muy bien purificada.

Si mi caballo te bebiera se moriría de repente.

## LA CASA DE BOB

A San Bernardo del Viento fuimos a buscar la casa de Bob,

Es decir, donde él había nacido con sus padres,

Encontrando el mundo completamente hecho y perfeccionado,

Por lo cual se suponía que no le tocaría trabajar.

Tanta alharaca que las generaciones anteriores hicieron con el cuento de que estaban dándole los últimos toques a este mundo para nosotros,

Y venir a ver que ahora nos salen con que lo tenemos que volver a hacer todo de nuevo.

Era una casa construida con maderas olorosas y hojas de palma,

En un terreno junto al río, en medio de los árboles y los pájaros,

Algo así como una casa en los lindes del paraíso.

Desde mucho antes de llegar ya se escuchaban los pájaros, toda la mañana estuvimos oyéndolos,  
millares de pájaros,

Y los árboles se extendían por la llanura,

Extensos arrozales, ganados de muy largas, elegantes orejas,

Y el horizonte marino que nunca se sabe si está cerca o lejos.

En Lorica, en las escaleras de piedra y cemento del muelle, sobre el río Sinú,

Nos detuvimos como en un pasaje bíblico

Para tomar una embarcación hasta San Bernardo del Viento,

En medio de bandadas de garzas, bandadas de loros chillones, y el batelero era un muchacho,  
descendiente de las Mil y una Noches,

Un joven moreno, de larguísimo cuello, alta cabeza de ojos almendrados, negrísimos, con viveza de  
lagartija,

Y un turbante rojo encima de su antigua sonrisa de vendedor de perlas.

–"¡El Viento!, ¡El Viento!", se oye gritar en Lorica; hay pocos pasajeros para "El Viento", la carretera  
es un remolino de polvo,

Y en "El Viento" la estatua danzante de San Bernardo levanta el pie, el viento le levanta la sotana  
blanca.

–"¡El Viento! ¡El Viento!"

En San Bernardo del Viento las casas bajo las palmeras, las redes de pescar tendidas al sol.

Por esta calle se va –se iba– a la casa de Bob.

A la mañana llegaron tres hombres; habían venido de muy lejos, en una canoa,

Y traían con ellos esquejes del árbol del pan.

Los sagrados esquejes fueron admirados por los ancianos y los niños, puestos en agua y plantados  
al atardecer en los huertos, con tanta unción como si hubiesen sembrado el propio pan  
eucarístico.

Después de la ceremonia de siembra del árbol del pan

Entramos a una casa para recabar agua fresca de la tinaja, un mosquitero para dormir, un latiguillo  
de palma para espantar los mosquitos.

En el cine, un patio al aire libre, se apiñaba la grito de los chicos del pueblo

Y en la plaza, a la luz de los mechones de petróleo, se jugaba al dominó, se tomaban refrescos, se  
escuchaba la música que salía de un parlante llamado "El Bacano".

Un niño se me acercó: –Tío, ¿me trajo usted una moneda?

En la casa un huésped: un joven pescador que había venido por mar, siete días remando en una canoa,

Para matricularse en el colegio y aprender una letras.

En el sopor de la tarde luchaba desesperadamente con la aritmética, sudaba mares. Me miró casi asfixiado.

Sin duda prefería sus redes y sus pescados que el propio mar multiplica.

Cuando amanece, algunas mujeres sobre pollinos blancos se dirigen al caserío de la playa.

En el camino encontrarán parejas de jóvenes estudiantes, vestidos de blanco, que van al colegio,

Las muchachas llevan la sombrilla para su compañero,

Él lleva los libros de ambos,

Y más adelante una escuela rural donde juegan los niños.

Las señoras que gobiernan los pollinos no están de acuerdo con que los niños gasten su tiempo en jugar, los regañan al paso.

Van chupando limones para la sed.

–“Comadre, venir a la escuela a jugar, ¡qué dice, comadre!”

Donde estaba el río hay ahora unos pantanos con pinceladas de anchas hojas,

Y todo el suelo cubierto por la cascarilla del arroz que los molinos desechan.

–¿Y es ésta la calle por donde se va –se iba– a la casa de Bob?

Hace algún tiempo los vecinos se quejaron al gobierno central porque temían que el río “se iba a llevar el pueblo”.

Vinieron los ingenieros, hicieron sus cálculos, desviaron el río,

¡Y ahora los vecinos se quejan, porque sin río y sin mar!

La casa de Bob, sin el río, perdió su razón de ser, quedó como extraviada en el monte, la abandonaron, empezaron a caerse las paredes, hasta que desapareció y ahora

Tratamos de adivinar si fue en este lugar o en aquél donde la casa se levantaba.

Si encuentras un árbol de naranjas o uno de limón,

Ese será sin duda el patio y podría describirte todo el resto.

Diseminada por el pueblo está la casa de Bob:

En las mujeres de los pollinos,

En los chicos del cine,

En los mechones de petróleo,

En la arena de las calles,

En los altos cocoteros,  
En el viejo pescador que fuma su tabaco mientras construye una red nueva,  
Está la casa de Bob.

## LA MUERTE DEL NOVIO

*En cierta ocasión, los vecinos que vivían en las proximidades de un río de Ceberio, llamado 'Lamiñerreka', cogieron una lamiña y no la pudieron hacer hablar.*

Crónica de Brujería

En aquellas montañas donde tantas gentes viven pero no se ven,  
Mimetizadas en la tempestad, detrás de las grandes piedras, en la espesura de los seres  
antagónicos,  
En aquellas montañas suceden cosas que nos ponen los pelos de punta.  
En el camino de Urrao descendían de los árboles dedos larguísimos a señalar la tierra. Yo no los vi;  
los vio doña Carmen, la que fabricaba el pan.  
Por las calles de Altamira circulaban perros de cuero, que si uno les daba con un bastón sonaban  
huecos por dentro y gritaban, a condición de que fuera hacia las tres de la madrugada.  
Detrás de mi casa empezaban a cavar desde temprano todas las noches, durante algún tiempo, y si  
salíamos a ver se escuchaban los golpes y el jadeo un poco más allá,  
Y luego más allá, y más allá,  
Pero al llegar al límite del pueblo nos devolvíamos a rezar el rosario porque nos daba miedo.  
Y éstos éramos mis padres, mis hermanos, y yo que no tenía que creer en nada porque estaba  
estudiando, pero es verdad que sucedió,  
Y en el patio de la casa se sentían caer piedras en plena mañana, venían rodando por el techo y se  
las sentía caer por el patio encementado,  
Pero no había nunca ninguna piedra en el patio tan limpio, adornado sólo con algunas plantas.  
Detrás de la puerta de la alcoba sonaba a veces una campanilla, de noche pero también de día,

Y sucedió que, estando mi padre dormido, llegó un buey, entró por la puerta, arrimó hasta la cama, cargó con él sobre el lomo, dio un rodeo por toda la casa y fue a depositarlo detrás de la puerta, donde sonaba la campanilla.

Entonces mi padre, después de consultar con el cura, levantó el piso, organizó una excavación empezando por el sitio donde el detector de metales se volvía loco, pero se encontró una gran piedra plana y no quisieron cavar más porque nos quedábamos sin casa.

Y la casa estaba situada en el camino por donde el Capitán Francisco César huyó con sus tesoros, perseguido de los indios. Tuvo que enterrarlos en la boca del monte, porque le daban alcance. Los tapó con una gran piedra plana, dice la leyenda.

Cuando murió Misiá Elodia, en la casa de al lado, se oían ruidos en la cocina de bahareque y yo fui a buscar y sólo encontré unas monedas en un agujero.

En la raíz de un árbol de balso donde había caído un rayo, encontraron una olleta de cobre llena de rebosantes esterlinas.

Se sembraba un árbol donde se enterraba un tesoro, a fin de protegerlo y señalarlo a la vez.

También se siembran árboles en las tumbas, encima de los muertos queridos.

Llegan a veces a mi casa visitantes misteriosos que evidentemente tienen algo que hacer allí, abren la puerta con su llave, caminan hasta el fondo del pasillo, contestan al teléfono si es del caso,

Y cuando salgo a recibirlos ya no están; han salido para tu casa.

Fueron muy fuertes y repetidos los golpes en la pared de mi cuarto, a las tres de la madrugada, y de inmediato he gritado: ¿Quién golpea? Pero enseguida recapacito que me encuentro en el octavo piso y no hay nada en ese lado de la pared.

Estando clara la noche, unos gatos se han desperezado junto a mí, en el alféizar de la ventana, bostezando Ahhh Ahhh Ahhh pero yo estaba viendo que no había gatos ni nada, ni cosa aparente como gatos. Después averigüé que allí en aquel piso había habido gatos haría unos cinco años.

Cierta vez, después de haber ido al cine, entré a la cocina para tomar agua y allí estaba en la ventana el diablo mirándome.

Lo observé bien y era el diablo exactamente que estaba allí en la ventana mirándome con esa sonrisa maliciosa que vosotros le conocéis.

Entonces lo primero que se me ocurrió hacer fue ir a llamar a Jotamario que vivía cerca y de quien acababa de despedirme, para que viniera enseguida a ver al diablo.

Pero Jotamario, indignado: que cómo se me ocurría llamarlo para ver algo tan común, y colgó el teléfono.

Frustrado por la actitud despectiva de Jotamario para con el diablo me volví corriendo a la cocina, para verlo bien antes de que se fuera, pero ya no estaba allí,

Y yo me había quedado con la gana de volver a verlo, por esa costumbre que tenía de compartir el mundo con los amigos. Ya no la tengo, porque siempre me hicieron notar muy educadamente que los mundos superpuestos no son interrelacionados.

En el vidrio de la ventana sólo destellaban cucharas y cucharones, el tenedor y los brillantes utensilios que reflejaban llamas en los ojos del diablo.

Son legión los monjes que caminan por pasillos y corredores sin tocar el piso, innumerables las voces sin cuerpo que se quejan, incontables los almidonados fantasmas, y las mesas no han dejado de moverse en todo este siglo.

En algunas casas, antes de irse a dormir, se coloca el alimento para fantasmas sobre las veladoras, Y en cuanto a los espíritus burlones, el pintor Alvaro Barrios fue víctima de uno de ellos que lo extravió en un monte,

Pero no para burlarse de él, sino de sus pinturas.

En Barranquilla había –en tiempos de Plinio Apuleyo Mendoza– un duende que perseguía a una señora. El duende habitaba en el zarzo de la casa, en el Barrio Abajo, y la señora tenía que vivir de ciudad en ciudad hasta que el duende la encontraba en una y entonces ella tenía que salir al día siguiente para otra.

Con el fotógrafo Daniel García fuimos una noche a esperar ese duende, pero no salió nada en las placas, salvo una especie de luz difusa en los negativos, que hubiera podido ser sombra si los hubiésemos copiado.

Mi abuelo perseguía los espantos en su pueblo, machete en mano, y él mismo se disfrazaba a veces de espanto en caminos solitarios por donde sabía que pasarían determinadas personas.

Como en los tratados de Arte Poética se dice muy claro que no se debe hacer versos sobre la familia, porque tales versos resultan invariablemente malos, a causa sin duda de considerar a la familia como algo prosaico,

Por esa razón me abstengo de contaros las relaciones del abuelo con el más allá, que es también el más acá, porque está tan alrededor nuestro y nos aprieta.

Pero al Maestro Jorge Ruiz Linares le sucedieron en Tunja unos espantos terribles, y aquí dejo constancia y si no es verdad para qué me lo contó.

Y don Eduardo Mendoza Varela escuchó en sueños el llamado urgente de su madre, y se levantó asustado y en ese momento se desprendió el techo sobre la cama. Y esto es verdad porque sucedió en el barrio La Candelaria, de Bogotá.

A Elisa Mújica no se le ha aparecido ningún fantasma porque el fantasma es ella misma, el más sonriente y sagrado fantasma solitario, el más bello, con una sonrisa cristalina que no es de este mundo y por eso digo que es un fantasma. Y si no es un fantasma entonces será un ángel, porque a los ángeles también los hacen de vidrio. Elisa se ha quebrado varias veces, luego es un ángel de vidrio. Así me enseñaron a razonar los padres jesuitas.

Ahora yo estoy disfrutando de la frescura de la piscina, en una ciudad sin fantasmas, todo claro y limpio y moderno, nadie tiene cara de susto,

Pero esta agua clara y fresca y mansa, que Tales de Mileto consideraba como principio de todas las cosas (favor consultar la enciclopedia),

Es la misma de donde provienen los endriagos, los monstruos marinos, los engendros de los ríos,

La misma de las devastaciones, de los diluvios, la que en gotas se llama "agua bendita", y nos hace maldecir en la desolación de las inundaciones.

Aquel día habíamos ido al mar a nadar con mi primo, y era la víspera de su boda. Madame Martin, la vidente, se lo había advertido.

Pero él no hizo caso, y nos metimos al mar.

## EL SOLITARIO DE CAYO BOLÍVAR

En una época ejercí el codiciado oficio de guardafaro.

Fue después de haber cursado la carrera de arquitecto del paisaje que los paisajes empezaron a parecerme deliberados.

Entonces decidí buscar una isla que no tuviese más que una palmera y una roca. En esa palmera colgué mi diploma de arquitecto del paisaje.

Bien es cierto que desde niño comencé a publicar mi inclinación por la soledad.

Había deseado hacerme anacoreta, sobre todo estilista, en una columna bien alta, donde todos me vieran, no solamente este siglo.

Hacerme eremita, cualquier cosa, con tal que me tuviese alejado de vosotros. Os mandaría la dirección por correo.

En un acantilado, sobre la brava costa, establecí mi primera torre. Mi mujer y mis dos pequeñas hijas se negaron a acompañarme. Comprobé entonces cuán fácil es conseguir nuestros propósitos cuando están orientados hacia la soledad.

Me reconfortaba pensando en aquel hombre del sur, que vivía solo entre unas breñas del Cauca, no admitía intrusos, y a quien los periódicos dedicaron una página sensacionalista acusándolo de loco porque había puesto un letrero que decía: "No me gusta que vengan. Ya los conozco".

Pero a los policías no se les puede poner letreros. Empezaron a llegar, primero de requisa, a llevarse mis cosas; que si yo era espía de la URSS; que para qué tenía faro propio, aunque sin fanal; que si yo era Ptolomeo Filadelfo. ¡Ptolomeo Filadelfo! Me tumbaron la torre de una sola patada.

Mi vecino era el pintor Norman Mejía, en Puerto Salgar, con un stradivarius azogado y una paleta loca.

El stradivarius fue comprado en una prendería, después de dos años de búsquedas,

Pero Norman no lo tenía para interpretar ningún Mozart, sino para *ver* los sonidos más inverosímiles.

Escribió cincuenta volúmenes en cuarto mayor con alucinados poemas, los cuales son a la vez pinturas.

Gonzalo Arango y yo estuvimos descifrándolos en el jardincito privado debajo de la ducha.

Un tesoro, dijo Gonzalo, pero se necesitaría otro tesoro para editarlos.

Y los otros vecinos eran los pintores Lucho Cano y Lucho Márquez, y Lucho Calderón y Lucho Rueda, el profesor de matemáticas que hizo cálculos más extravagantes que los sonidos del violín de Norman Mejía.

Y Lucho Cano es el mejor pintor de Baranoa, su casa toda cubierta de pinturas, hasta el techo, y el mejor pintor de Barranquilla no puedo decir quién es porque todos lo son.

Vecinos míos, la verdad es silenciosa. Quien mucho grita mentiras pregona.

Hacer el bien a los hombres, pero de lejos. No hacerles el mal, en caso de que sepas qué es el mal.

Dios –que nos embiste– no lo sabe. Por supuesto que no.

Dios es inocente como la hormiga, y es correcto invocar su nombre. No hay nada censurable en decir "Dios mío". Es más exacto que decir: "Oye tú, Abelardo". Uno de los nombres que más definen a Dios es Gran Oreja. Pero de poco sirve, porque oye a través de ti mismo. Oreja de Dios, lengua de Dios, conocimiento de Dios, lo eres de nacimiento, pobre de ti.

Y un hombre de la isla de San Andrés se retiró a Cayo Bolívar y allí permaneció solitario muchos años en medio de la mar y de las olas, alternativamente azules y negras.

Cayo Bolívar, pequeñísimo en la mar, un puñado de arena desnuda.

Si llegaron buzos, si llegaron marinos, si llegaron pelícanos, no habló con ellos.

El viento y el agua pulieron su impermeable piel, que quedó lisa y suavísima al tacto, con tal suavidad que sólo con tocarle había el temor de herirlo.

Presente en mis días estuvo aquel hombre a quien no conocí, pero que en cierto modo era también mi vecino.

Y ayer un joven buzo, nacido en Bogotá, crecido en San Andrés, se dirigió a mí entre muchos nadadores, en las piscinas olímpicas de Cali: –“El solitario de Cayo Bolívar murió hace quince días”, me dijo en tono natural, chorreando agua hermosa.

Estaba de paso en Cali, ya se iba, ángel submarino.

En el silencio de la mar  
el solitario de Cayo Bolívar  
limado por la lluvia y el viento.

## INSCRIPCIÓN

Resbala el agua puliendo la piedra. Veo en ella grabados unos nombres. Bajo la onda clara los voy leyendo, como en un sueño.

¿Por qué y cómo, de tan diversas procedencias, vinieron a unirse en esta inscripción?

Aficionados a la inmortalidad, modelaron sus rostros en lo eterno. La caricia suave del agua alisa su memoria sobre la piedra.

En el jardín del tiempo su reposo bajo el blanco aroma de la magnolia. Bajo el árbol de siempre. Protección invoco, sombra pura del canto, para su permanencia. En la arena se sostienen. En el limo. En el agua. En el cielo, en el aire se apoyan. Sombra de la memoria, resguardo de fresco abrigo, dioses fueron con todo derecho. La gloria y el signo les pertenecen. Reconocimiento y admiración en las olas, sobre el pedernal.

Convocados por el azar. Por su destino conducidos. En ellos la atracción y el misterio.

Desde el fondo del agua se reflejan; con varonil sonrisa emergen del mar.

La sal y el canto en su semblante, en sus cabellos. Glorioso sol. Glorioso.

Hablo del río Cauca, bajo rudas carpas, en campamentos de trabajo. Camaradas en el vino, en largos viajes, largas noches, en invierno al descampado, en verano bajo las chicharras. Y hablo del mar Pacífico y del mar Atlántico, en las islas, la navegación nocturna en canoa por extraviados manglares. En La Jagua de Ibirico, en el río Sororia, sacando piedras candentes.

Derecho de Pinutáunides en Key West. Señor bajo grandes palabras y palmeras. Con sus manos se abanica. Collares adornan su pecho. Silencio el legado de su abuelo: "Más hace el loco en su casa que el cuerdo en la ajena". Llevaba un paisaje en el alma. En ese paisaje practicaba la esgrima.

Derecho de Tiranosaurio en las vegas del río. Su hoja en las manos de afiebradas bailarinas. Perseguido. Hasta Moscú. Hasta Tokio. Robado en París. ¿Adónde no irá una mujer rubia en busca de un negro? El Camerún lleno de rubias, según las últimas noticias de la Prensa Asociada. En Korea le erigieron un monumento de aplausos. Palmas en el Báltico. Al que recorre el mundo a paso de danza.

Nos parecen bellas las pinturas de ángeles con espadas flamígeras. Pero tener uno delante es un problema. No se piensa en ello. –"Aquí clavo este cuchillo. Quede vibrando con la fuerza con que ha sido lanzado. Aquél que venga será enemigo. No se irá sin mi cuchillo. Y aquí dejo las armas. Aquel que venga no se irá sin mis balas. Tú estás aquí, junto a mi revólver. Y ésta es la pistola. Un arma para cada mano, el cuchillo entre dientes, y tú estás conmigo".

Experto en patadas a la luna, con tirabuzón y con mortal y medio. Campeón en todo deporte. Bailarín de fútbol. Fui con su compañía a felicitarle por haber ganado el maratón. La tropa le ofreció homenaje y trofeos. Mi general en persona estaba muy orgulloso de él. Tantos deportes eran incompatibles entre sí. Gerente de una fábrica en Envigado.

Espiritista. Parapsicólogo. Hipnotista. Diplomado en el Centro Esotérico de San Pablo (Brasil). Laureado por el Centro de Investigaciones Parapsicológicas de Colombia. Miembro de la Sociedad de Estudios Espiritistas de París. ¡Oh hermano de la Acrobacia y la Pirueta, oh Astuto! Le hemos jugado malas pasadas a la vida, ardidés que ella no se esperaba, ¡Oh maestro de la Treta y la Estratagemá!

A cada cual su estrofa, la que le corresponde, todo el honor y el mérito, y este orgullo y la eterna satisfacción. Canto el himno. La elegía el que la tuviere. Alabanzas. Altos cantos. Vengo dando

grandes voces de montaña. El que llora no requiere compañía, sino su soledad para llorar. Pero los que estamos de fiesta necesitamos multitud para las libaciones, los juegos, las danzas. ¡Ea, los pregoneros! Altavoces en las torres. Que alternen los músicos.

A la vibrante diana el despertar en la piscina. Rápido los arreos, las armas, la breve ceremonia matinal. El adiestramiento de reclutas, batallón al ataque, parte sin novedad, ¡viva Colombia! En la fría noche el centinela se duerme. Desnudo ha sido amarrado a un árbol del bosque y untado de miel para que lo pique un millón de insectos. Un millón, dijo el Teniente; ¡ni uno menos!

Incursión de supervivencia en la selva. Lo peor. Comer animales incomedibles, crudos. Comer árboles enteros con sus micos y ardillas. Todo se puede comer, menos el capitán, porque es veneno. Al regreso falta uno que desertó. Vomitaba culebras, cabezas de gallinazo, una estampa de la Virgen del Carmen. Lo encontraron temblando entre una zanja. Un año de calabozo. Después escribió este libro de poemas. ¡Tenía que ser él!

¡No perdamos el paso, oh Musa! Si el refrán dice que música adelante no suena, ¡por qué llevamos la banda a la cabeza! Las elegantes trompetas, los palillos sobre el pergamino, los vivaces triángulos, los alegres xilófonos, los platillos sueltan serpentinas de música que se enredan en los bastones. ¡Y las banderas! Suenan lábaros y oriflamas. El banderín suena su música de banderín.

El turno es para todos en este canto, ¡oh Arcesio, Arnulfo, Otoniel, Juvenal, Alirio, Aristarco, Ambrosio, Estanislao! Falta uno que no puede faltar, falta Argiro. El uno no conoce al otro, ni siquiera sabe que existe, pero la estadística es una ciencia.

Aquí se juntan y aquí se separan. Caminos cruzados. Un momento de perplejidad. Y cada uno toma el rumbo que no es. Al norte, al sur, la equivocación está en los zapatos.

¡Oh días de gloria, dadme un sobregiro!

## CONVOCANDO EL OLVIDO

*Sé bailar. Sé cantar. Sé dónde está el olvido.*

JUAN PARRA DEL RIEGO

Me preguntan por qué estoy tan alegre. Por qué canto, bailo, toco la guitarra y bromeo.

Y yo respondo que es la culminación de un proceso por el cual llegué hasta el último límite de la desesperación, toqué fondo, y en vista de que no había para dónde seguir, porque ahí estaba la barrera,

Tuve que devolverme y aquí estoy bañado de música, aficionado a la serenidad y la alegría, el mundo cabe en mi mano.

Me declaro en carnavales permanentes, me declaro irresponsable, ahora sé qué significa la expresión "risa loca".

Me veis en las barras del gimnasio, saltando en los trampolines, y es que he decidido renacer cada día, cada nuevo día. El día que no renazca con la aurora será un día muerto. ¿Para qué quiero yo un día muerto? Siempre os olvidáis de que este día no volverá. Pero la sabiduría no debe ser tanta que nos impida defendernos.

El sabio se pone de acuerdo con la naturaleza y su vida se torna lenta, porque para él todas las cosas tienen el mismo valor. Es incapaz de atravesar una barra en la rueda del universo. Cito una carta de Jotamario a los caleños: "Hay que forzar la naturaleza. ¿No es en ello donde radica la fuerza del arte, la perspicacia de los ingenieros?"

El respetable pueblo de sabios famélicos de la India. Cambiará todo en el mundo menos los sabios. La sabiduría es inmutable por definición, puesto que es una sola.

El pacificador Morillo. No era su culpa. No distinguía entre científico y sabio. A Caldas lo llamábamos sabio porque sabía hacer jeroglíficos. No fue fusilado por sabio sino por razones de guerra. No encerraron los Estados Unidos a Ezra Pound por sus versos, sino por declaraciones políticas inoportunas. Sabios hubiesen sido estos dos hombres si hubieran querido soslayar los peligros a que su conducta los exponía. Pero ellos ya habían metido su barra entre las ruedas del universo. No les llamemos sabios.

La sabiduría se adquiere hacia los siete años de edad. El resto de la vida te la pasas desembarazándote de ella.

Decía que nos olvidamos de que este día es único, que no volverá, porque nuestra conciencia ha sido convertida en instrumento de oficina, una brillante maquineta.

Dicho está, pero lo digo de nuevo: el hombre evoluciona hacia la hormiga, y esto es lamentable.

Actualmente ser hombre es tener automóvil. Si ser hombre es tener automóvil, sería mejor ser automóvil.

De hecho hay muchos hombres para quienes la vida carece de sentido sin automóvil. En él se instalan durante el breve recorrido de su eternidad.

Y dice Jesús: "Bienaventurados los que no tienen automóvil, ni fornican con máquinas. Bienaventurados los que tienen las manos vacías porque ellos serán colmados de Nada".

Sólo cuando todo nos sobre podremos ir y volver, o perdernos en lo invisible e infinito.

Dejadme cantar a todo pecho como un buque en alta mar. Y no me preguntéis si una imagen es correcta, es verdadera o es lógica. Canto como una ballena. No sé si las ballenas son lógicas.

En puertos silenciosos me detuve; largas filas de prostitutas estaban paradas frente a los burdeles con sus tarjetas de sanidad en la mano, para cumplir con la ley.

Bebí. Canté despreocupadamente.

Y mi acierto fue haberlo hecho todo en presente.

No me preocupo por la bomba ni por los problemas de la humanidad. No están en mis manos. Si estuvieran en mis manos podríais dormir tranquilos.

Si la inteligencia del hombre no satisface a sabios y científicos, quienes la ponen en duda,

Siendo dicha inteligencia la única amenaza que se cierne sobre el futuro,

Yo decido que la cosa no tiene importancia. Esperemos a que el hombre mejore su inteligencia.

Mientras tanto, ¡cómo estoy de contento! No importa mi inteligencia deficiente. Para dentro de doscientos años espero haber mejorado bastante, con ayuda de la técnica.

Bailo, canto. Linda, ven; bailemos, bebamos, cantemos. Dentro de doscientos años bailaremos, beberemos, cantaremos.

Vamos, linda, hace doscientos años que estamos bailando. ¿No te cansas? Y bailamos sumamente bien. Es admirable cómo bailamos. Hemos ganado en todos los concursos. No te cansas. Ven, linda, olvidemos. Vamos a olvidar.

Con su mueca característica:

–Si linda, o lindo, ya lo olvidé.

## PALABRAS MAYORES

Nos habla la historia –con ella la verdad y el escrúpulo–

De ciertos antiguos textos que habiendo sido enterrados con sus amos

Al ser encontrados y descifrados miles de años después soltaron la lengua delante de los arqueólogos,

Y por tal motivo se juzgó que resucitaban, pues su lengua era fresca y muchos de ellos parecían saber lo que había acontecido en los siglos posteriores a su sellamiento y clausura.

Y aquellos textos estaban vivos porque habían sido enterrados vivos. Esa, la única razón.

Si la palabra resucitó de entre los papiros en que había sido envuelta,

Si esta música resplandeció después de que su partitura estuvo trescientos años en el polvo de los archivos,

Si aquel recuerdo de infancia resurge ahora en su mente,

Es porque sólo lo que se entierra vivo vivirá.

Nada auténtico queda de Anacreonte, y Anacreonte vive en sus textos apócrifos,

Y la palabra de Jesús vive en sus apócrifos porque Jesús habló también lo apócrifo,

Y lo apócrifo como trasunto y sarcófago espera la resurrección.

Y tú, ¿con qué traje piensas resucitar? ¡Tan bueno que es resucitar! Resucitamos cada día para hacer lo mismo del día anterior,

Y sólo el día que no resucitemos habremos empezado a hacer lo que no teníamos costumbre, ¡oh paradoja!

Piedras hallamos en los caminos cubiertas de musgo y jeroglíficos, que han venido a ser jeroglíficos para nosotros, ¡y cuán vivos están sobre la piedra a la vista de los muertos!

Siempre se ha visto, en las historias edificantes, que son los buenos los que matan a los malos,

Y los buenos nos han dejado monumentos para que les reconozcamos y adoremos su memoria, sin pensar en los muertos sino sólo en su gloria perdurable,

Y ya nos hemos cansado y no queremos adorarlos más.

Sentencias son éstas halladas en tumbas. No otra cosa demuestran sino la incoherencia del pensamiento humano:

“Muerto que habla es sospechoso”, dice la piedra de un explorador en El Cuzco, grabada por alguien que no sabía hacer epitafios.

“Si a los ricos les es difícil entrar en el reino de los cielos, ¡cuánto más difícil será para los pobres!”, se lee en una tableta que el señor principal de mi pueblo hizo colocar a la entrada de su tumba.

“A un joven que escribe poemas hay que tenerle lástima. A un viejo que escribe poemas hay que tenerle miedo”, pidió que se grabara en su losa, si le ponían una, el poeta Estebanillo, bufón del Duque de Amalfi.

“En religión, como en amor, no se trata de creer sino de practicar”, tuvo la osadía de hacer escribir en su sepulcro el famoso y pragmático Bernat Metge, consejero del rey Martín.

Dice el mármol, sobre la puerta de entrada, en un cementerio de Tenosique: “Es preciso que unos a otros se griten la palabra de la resurrección para que el misterio pueda efectuarse”. Escrito en uno de los dos mil idiomas que se hablaban en América en la época de la conquista.

“El que es verdaderamente inocente no tiene miedo. Por eso los leones se dejaron comer de los cristianos”. Graffiti que estuvo algún tiempo en las ruinas del Coliseo, por la época de los hippies.

En una lápida, en el Cementerio de los Pobres, en Medellín: “Todo termina en el mismo punto en donde empieza”.

En el Cementerio de los Ricos, en esa ciudad, el elocuente mármol habla en primera persona y las trompetas, en boca de los ángeles, anuncian una feliz resurrección y una próspera eternidad.

## MI VIDA CON EL CHAMÁN

*A Santos López*

A los doce años de edad me fui con un circo que pasaba. A los quince años me fui a la selva. Tuve suerte. No me devoraron los caníbales, porque con sólo verme se dieron cuenta de mi ignorancia y mi debilidad, así que no tenían nada qué comer de mí, por lo que les fue preciso adoptarme. Me llevaron a casa del chamán, para que me educara.

Si vosotros no conocéis un chamán, podréis imaginároslo fácilmente. Es así, como os lo imagináis. Sólo que tiene la nariz un poco menos larga, los brazos sí, larguísimos, cola no tiene pero no la ha olvidado, y es bondadoso a la manera de la selva, o sea con una dureza que asusta. Sin embargo, después de cierto tiempo llegamos a querernos. Porque yo era algo que él había encontrado. Y porque, al depender de la tribu, debía respeto y devoción al chamán.

Fue por eso, por el respeto, que pude sobrevivir. En la selva hay un respeto mítico para todo. Y también práctico. No respetar las leyes de la selva implica peligro de muerte. Se respetan los territorios de cada animal, las costumbres de las tribus, las insignias, los poderes, la hormiga se respeta, la serpiente, cada ser mantiene su autonomía. No todo el tiempo se está de caza. Si el tigre ya comió, los sobrevivientes se quedan tranquilos. No se acostumbran los postres en la selva. Después de haber comido se bosteza, mostrando todos los dientes, y después se duerme, si no hay nada qué hacer. Al menos así era en aquella tribu.

Pero cuando hay algo qué hacer, todo se pone en marcha con una celeridad y precisión que dejaría boquiabiertos a vuestros flamantes ejecutivos de oficina. La tribu se mueve como un solo hombre cuando se ha tomado la determinación de emprender algo. Y el equipo funciona cronométricamente, milimétricamente. La exactitud está grabada en cada individuo como una norma de la naturaleza.

Cuando se terminaba de labrar una canoa, el chamán iba –yo detrás de él– para decirle a la canoa lo que había qué decirle antes de botarla al agua. La canoa absorbía el conjuro y salía dando tumbos de felicidad por el río, como todas las canoas novatas con el entusiasmo del primer día, hasta que la paciencia del boga las amansa.

Si había un enfermo el chamán iba –yo detrás de él– para hablarle a la enfermedad y suplicarle que abandonara el cuerpo poseído. La enfermedad, a veces, se retiraba a doler en el centro de una calabaza. Pero si el enfermo moría, el chamán se quedaba algunos días sin salir de su choza, discutiendo con el espíritu del muerto y solicitándole los remedios.

A veces también había fiestas, parecidas a las que se muestran en el cine, pero el cine no muestra el final. El final es tristísimo. Participaba el chamán con sus atuendos –yo detrás de él– y la fiesta era para los hombres solos. Las indias aparte, preparando las comidas, trayendo el vino de palma –que lo servían helado.

El viaje para trasladar la tribu a otro lugar se preparaba con dos lunas de anticipación. Partíamos al amanecer, llevando las flechas en la mano, hacia un lugar previamente escogido. Aprendí a pescar con la flecha, a la luz de la noche, y a marchar en silencio entre una larga fila. Si la fila gira noventa grados, tenéis un ejército al frente.

Cuando el chamán se enfurecía conmigo me acorralaba contra lo que estuviese más próximo, sacaba su enorme cuchillo, con el cual me hacía cosquillas en la barriga, y me gritaba en castellano: –¡Míster Jaramillo, lo voy a matar!

Después el chamán me alzaba por el pescuezo y me tiraba lejos de sí, pero no me rompí una pata porque él mismo me había enseñado a caer, no sólo con seguridad, sino también con estilo. Si olvidaba el estilo, era probable que me diese otra lección.

El chamán, es verdad, me había tomado muchísimo cariño. “¡Míster Jaramillo, lo voy a matar!”

“Te voy a matar” es la frase que más he escuchado en mi vida, desde niño. Y cuando no me la han dicho, he sabido que la están pensando. Como nunca me habían explicado el motivo llegué a acostumbrarme tanto que, una vez que me la dijeron muy temprano, en un paraje solitario, detuve mi caballo a la orilla del camino y le ofrecí un cigarrillo al que acababa de saludarme de esa manera. “¿Me conoce usted?”, – le pregunté. –“Claro que lo conozco, y por eso es que lo voy a matar”. Y así fue como vine a enterarme.

Jorge Montoya Toro y Graciliano Arcila Vélez aparecieron una vez en aquella tribu. Se presentaron como etnólogos y antropólogos de la Universidad de Antioquia. Llevaron acompañantes con la grabadora, la filmadora, las cámaras fotográficas, todo un equipo inútil y risible. Pero lo más risible de todo eran el chaleco, el saco y la corbata con alfiler de Jorge Montoya Toro. No sé si lo recuerde. Nunca lo volví a ver. El no me vio, claro está. Yo era un indio como todos, sólo un poco más blanco. Además, él no se daba cuenta de nada. Permanecía abstraído todo el tiempo. Cuando terminó la investigación nos puso unos discos antiquísimos que habían llevado en una victrola de cuerda, ¡hasta allá!

A don Benigno Mantilla Pineda, que iba con ellos, le puse en la mano algunos poemas líricos que yo componía antes de dedicarme a la épica. Naturalmente, no podía tomarlos en serio, pero se asombró de que le diese un escrito.

Con el nombre de “el indio Tascón” fue conocido en Andes el chamán. Cursó bachillerato en el liceo Juan de Dios Uribe, y fue rechazado en la facultad de medicina por ser indio. Entonces estudió derecho. Alcanzó la dignidad de juez en un pueblo antioqueño. Después de haber sido juez estuvo dos veces en la cárcel porque nunca dejó de ser indio, y eso no tiene perdón.

Fue siempre defensor de su tribu hasta que un terrateniente lo mandó asesinar, porque los terratenientes nunca tienen suficiente tierra. Y eso fue en la carretera que sale de Andes a Jardín, siendo Gobernador el señor doctor, y Presidente el señor doctor, y Ministro el señor doctor, en aquel año de gracia de 1981 que está grabado en tantos bloques de piedra por tantos motivos, mas no por éste.

## LAS HIJAS DEL MUERTO

*Quizás por mí la roca y el leño insensible hablarán; y el Angel Mudo hablará; pero yo no hablaré. Quizás hablarán por mí las piedras; pero yo no hablaré.*

D'ANNUNCIO

Y fueron apareciendo, banderas azules en los caminos. Pendones azules en los árboles del monte. Tremolantes en el hedor de la cadaverina.

Y fue obligado pintar de azul todas las puertas y ventanas de las casas, y la mampostería. Mis abuelos, como eran muy viejos, pintaron hasta el techo y el sardinel. Se asustaron mucho una mañana, cuando apareció una flor roja en su jardín. ¿Ya no estaba el Señor de parte de ellos? Porque aquél era el tiempo en que los colores peleaban entre sí, el azul con el rojo, que están unidos en la bandera, se había ordenado separarlos.

Y fue obligado lucir corbatas y pañuelos azules, y un moño azul las mujeres,

¡Las mujeres de la casa!

¡Estuvimos hartos de trapos azules, tremolantes en el hedor de la cadaverina, cada vez más alto!

Los hombres que fungían detrás de estas decisiones se arrepintieron después, y solicitaron el perdón a los muertos para que los vivos concedieran el olvido.

Y el olvido fue concedido en nombre de trescientos mil muertos y enviado por correo en sobre lacrado.

*Tiembla la tierra con la maldición de los hombres.*

*Entre las patas de los caballos nuestras cabezas por el fango.*

*¡Oh Señor! ¿Dónde está vuestra mirada?*

En la década de los años treinta, persecución religiosa bajo el color rojo. Grupos armados atacan a los fieles en los oficios religiosos. Disparan al altar, a la custodia expuesta. "No se tome testimonio a los menores", dice el juez. Y el juez usa gafas

Época de violencias, de ladrones y asesinos, herederos de las montoneras, herederos del hacha, de la aventura desesperada, habitantes del pantano, de la piedra, engendrados en lo áspero, en lo tortuoso crecidos, fieras con las fieras. ¿Y qué es una bandera, sino una enseña de guerra?

Ejercitados en el crimen, en la trampa mañosa, en todo dolo y angustia y engaño, evidencia de la mala fe, nada tenemos qué celebrar. Celebramos a Bolívar, que no era nuestro, y Bolívar dijo: "Vámonos de aquí; esta gente no nos quiere". Y dijo también: "Los tres grandísimos majaderos hemos sido Cristo, don Quijote y yo".

Celebremos, no para engañarnos, sino para engañar.

*Entre las patas de los caballos nuestras cabezas por el fango.*

*Celebremos. ¡Hay que celebrar!*

No es la guerra. No se enfrentan dos bandos organizados para la batalla. Y aunque así fuera. Es el asesinato a mansalva y sobreseguro, es la emboscada, el ataque alevé de todos contra uno, el asalto en pandilla a la madrugada. Más tarde será la extorsión, el secuestro, el artero sofisma. Y los asesinos de indefensos niños y mujeres, y de hombres inermes, reclaman el título de valientes y se les concede. ¡Oh gloria inmarcesible!

CORO: *"¡Exagera el Narrador, exagera!"*

Y la traición. Enumérese la traición. Súmese a la larga lista. Compútese la traición. Nos viene del Oriente y de los ancestros indios, vieja como la especie. Lo más antiguo representamos y primitivo. Lo que tenemos es lo que somos. Pregonemos eso. Pericoligero en el árbol. Gallito de los pantanos. Puercoespín que aceita sus púas.

Y la venganza. Y el odio. No somos un pueblo carente de imaginación: si se le cortaba a alguien la cabeza, se le metían por el cuello las manos cortadas y se exhibía "el florero". Se abría la piel por el pecho, se extendía a los lados y se mostraba "el murciélago". En el camino de Urrao se castraba a los hombres a golpes de mazo. El poema no admite más ejemplos. Acudid a las actas. Batas negras vistieron las mujeres. Sus adornos desecharon. Se poblaron las ciudades con los desplazados. Las tierras cambiaron de manos. Las hijas del muerto quedaron en sus casas empobrecidas, declararon el luto permanente, envejeciendo bajo el techo que se desmorona. Sus esposos, sus hijos y hermanos, aprehendidos y conducidos atados. Comidos por las balas en el monte.

*Tiembla la tierra con la maldición de los hombres.*

*Entre las patas de los caballos nuestras cabezas por el fango.*

Arrojados desde aviones. Ametrallados. Bombardeados. Los ríos crecidos arrastran soñolientos cadáveres. En un documento fue extendido el perdón, con el protocolo y los sellos. ¡Mas no el olvido de los sobrevivientes, víctima innumerable!

Cuando una generación de víctimas alcanza sus años, se empieza a formar otra para no interrumpir la tradición de apego a los sacrificios, a la vida innoble, única conocida.

Las hijas del muerto, tristes y rencorosas, trasiegan en oscuros silencios, desmantelados patios, en la desolación de las horas.

Se cortaba a los muertos la nariz o las orejas, y se enviaban en frascos a las autoridades superiores como trofeos para comprobar el mérito de la acción.

Los hombres de Anzá, incluidos los ancianos, de rodillas en la plaza empedrada, recibiendo el flagelo que les habían mandado. El teniente, borracho, gritaba: –“¡Hijos de puta, estamos en el infierno! ¿No sabían que estamos en el infierno?”

Muchos años tenemos vividos en el infierno. Como a aquél que reside en las prisiones, nos quedó la necesidad de la costumbre. Como el que habita en los prostíbulos, nos amansamos a la rutina del vicio y a la palidez de último momento, cuando la sangre huye perseguida por un pico de botella.

## **SAN LORENZO**

Julián Mesa, niño de doce años, gritaba con todas sus fuerzas, frente al monte que iba a quemar:

–“¡Harto viento San Lorenzo, harto viento!”.

Le habían encargado la quema de ese monte, un monte inmenso, y él, solo, hizo las calles donde se necesitaba hacerlas, y el día de prenderle candela estaba yo casualmente en su casa y fui con él para ver arder el monte, y él me enseñó cómo se hace y las imprecaciones, la mayoría muy obscenas, que hay que gritarle a San Lorenzo para que provea el viento necesario a la operación.

No se rezaba a los santos en aquella región en donde yo me crié, sino que se los insultaba soezmente para que se decidieran a conceder los favores.

Había en ese aspecto una especie de emulación para inventar los insultos apropiados, que removerían la renuente voluntad de los santos de su quietud beatífica hacia quienes de ese modo insólito les invocaran.

Todo el santo día estuvo Julián Mesa insultando a San Lorenzo, pidiéndole viento, agitando en el aire su sombrero de caña. Cuando el bosque incendiado crepitaba, y los enormes árboles caían con un estruendo de humo y cenizas, nos fuimos a sentar en una loma hasta el anochecer, lejos del calor y muy emocionados con lo bonito que bramaba San Lorenzo desde el centro mismo de la candela.

La quema del monte duró tres días con sus noches, la operación estuvo perfecta, y nadie por su hazaña le presentó agradecimientos a Julián Mesa.

No existía antes el mito de los niños, como no existe aún en los campos ni en los pueblos.

Mito que en caso de emergencia desaparece, y que no existió en la antigüedad, en la Edad Media ni en el Renacimiento.

Mito de la edad moderna que volverá a desaparecer –ya está desapareciendo– en la era post-industrial.

En muchas regiones los niños alternan con los mayores naturalmente, participando en los trabajos, en las fiestas, y de ese modo llegan sin traumatismos a la edad adulta. Por el método actual los niños no maduran, y por eso la administración está plagada de unos hombrotes mayores de treinta años que son como niños, y hacen pucheros frente a sus pequeñas contrariedades de burócratas.

Mientras que en los campos y en los pueblos, niños de doce años se desempeñan como hombres en todas las labores con una seguridad y propiedad admirables y una capacidad de héroes.

Según Bernard Thomas, la infancia fue una invención del siglo XVII. Nos cuenta que Ronsard era paje en la corte de Francia a los catorce años. Se codeaba con el mundo de los adultos y todos encontraban que esto era normal.

Trabajan duro los niños en el campo, y muchos trabajan también en la ciudad. A los niños les gusta trabajar. A los niños no les gusta ser niños. Lo malo está en que se los explote con injusticia.

Me decís que si éste es un poema en prosa, o una prosa poemática. Yo digo que es un poema en versos, pero si hay problema, que sea para el crítico. Lo importante es que se entienda parcial o totalmente, y que os diga lo que quiero decir, en verso y en prosa. Si el poema no se entiende, nada nos ganamos con calificarlo de poema. Preferible que fuera prosa y se entendiera. Porque el que escribe para que no se le entienda, o está loco, o se burla de nosotros. Pero tú y yo, bien

que estamos en nuestros cabales y por eso hablamos claro y recio. Hablaremos quedo cuando vayamos al hospital.

Los niños de Altamira no teníamos juguetes, pero teníamos algo mejor: herramientas hechas para nuestro tamaño: azadones livianos, regatones de palo liso, hachas pequeñas para trozar palos delgados, martillos cortos. Aprendimos la siembra, la carpintería, la construcción de establos, ayudamos al desmonte con machetes mientras nuestros tíos lo hacían con peinillas, y puesto que la aldea había sido construida entre todos, podíamos decir que teníamos una aldea.

La tuvimos hasta el día en que llegaron unos policías de Bogotá, mandados por el Gobierno, que es el que hace las planificaciones, y decidieron que había que matar a las gentes y quemarles sus casas porque no estaban haciendo nada útil. Que debíamos irnos para la capital a trabajar en una cosa llamada industria. Como si fuéramos industriales. Que eso nos mandaba decir Lauchlin Currie.

Entonces los niños de mi país se volvieron mendigos, y así hemos venido construyendo estas ciudades. Después de que unos pocos robaron el dinero de muchos, ahora nos dicen que volvamos al campo porque las ciudades están en quiebra, pero ya no podemos volver y así nos hemos encontrado sin un lugar en el campo ni en la ciudad.

Y de nuevo habrá unos que se encargarán de matar a los que sobran, y es probable que éstos últimos no estén de acuerdo, y se encenderá la Tierra.

—“¡Harto viento, San Lorenzo!”

## CIRO DE MEDELLÍN

Cuando le conocí,

El maestro Ciro Mendía estaba completamente ciego,

Y se veía obligado a depender de personas que le robaban a cambio de la más mínima caridad.

El maestro Ciro Mendía, que había escrito tan jocundos versos,

Estaba en ese año de 1978 sin un plato en qué comer,

Pero tampoco tenía qué comer ni comía.

Tomaba aguardiente con cáscaras blancas de limón,

Y se arrastraba hasta el andén para rogar a algún transeúnte apresurado

Que le tomara al dictado los versos que había compuesto durante el día de insomnio,

Pero nadie tenía tiempo para ocuparse de semejante cosa,

Y el poeta repetía sus versos hasta que se le olvidaban.  
Le habían hecho completamente a un lado por sus ideas “de izquierda”,  
Que nunca supo lo que hacía su derecha,  
Porque la mano izquierda es analfabeta.  
En ese Medellín pedestre que frente al mundo tiene una sola pregunta: “¿Cuánto vale?” (como los gringos),  
Y una sola respuesta: “¿Cuánto me rebaja?”,  
Ciro Mendía tenía el orgullo y la dignidad y la nobleza de la vieja raza,  
Y en la práctica había dejado de ser antioqueño, pues nunca me preguntó “¿Cuánto le debo por su abrazo?”, “¿Cuánto me paga por el mío?”  
–“Aquí tiene un abrazo gratis, le deseo suerte, caballero, y le encima esta mano huesuda que ya no me sirve para nada”.  
Cuando le dieron el “Hacha de Antioquia”,  
(esa hachita dorada, un bibelot),  
Él la recibió y permaneció en silencio.  
Cuando todos los visitantes se fueron me dijo:  
–“¡Tantos rayos que caen, y no caerme uno a mí!”  
Ya estaba muy triste y muy flaco el maestro Ciro Mendía cuando le conocí.  
El gobierno local le había retirado la modesta pensión que le permitía sobrevivir, porque también estaba muy viejo,  
Y sólo la fábrica de licores le mandaba botellas de aguardiente, que es lo único que ha dado Antioquia,  
Todo el orgullo de los antioqueños –ese falso orgullo– reducido a sus borracheras de aguardiente.  
No se resignaba el altivo maestro Ciro Mendía, no se resignaba sin embargo,  
Y en la nobleza de su rostro, en sus finas manos, en el ademán caballeroso, en sus elegantes palabras,  
El poeta trataba de alzarse de sus cenizas, y en un esfuerzo sobrehumano trataba a cada rato de volar.  
Pero ya sus huesos estaban muy tristes y todos quebrados desde la muerte de Vladimiro,  
Y no era cuestión de buena voluntad ni de fuerza de ánimo,  
Sino un simple problema de gravedad.  
Con Vladimiro su hijo y con el Espíritu Santo, “esa paloma estúpida”,

Que sin embargo representa la inteligencia como propiedad de la materia,  
Se encuentra en el reino de las chicharras y el cagajón,  
Que los mulos ponen gratis, pero los antioqueños lo recogen para venderlo por libras de 400  
gramos.

El maestro Ciro Mendía, honor de su raza y de su pueblo,  
Me habla desde sus versos con entereza, con amor, con ternura y con ese humor a la antioqueña  
que tanto hace reír al diablo.

No me habla desde su estatua, porque en Medellín no hay ninguna estatua de Ciro Mendía, ni  
maldita la falta que hace.

Si hubiera sido un poeta antiguo, hubiese tenido su estatua de mármol,  
Del epicúreo mármol de Paros.

Pero a pesar de ser antioqueño no tenía depósito de ahorros, ni propiedad raíz, ni era socio de nada,  
ni estaba autorizado a portar tarjeta de crédito,

Es decir, no era nadie,

Pues en esta tierra donde cada poeta se considera el mejor del mundo,  
Él apenas se atrevía a ser el mejor de su calle.

Quedó con la fama de no ser un poeta serio, porque no creía en nada,  
Pero de todos modos nos dejó esa risa maliciosa, socarrona, comprensiva,  
Que desborda inteligencia, bondad, aceptación y perdón.

No digo que no ha muerto, ni que está en el Cielo, ni digo que resucitará, ni mucho menos que  
reencarnará.

Digo que el Universo se construye a sí mismo, porque el Universo es Dios.

## **PORFIRIO BARBA-JACOB**

*A José Alvarez Patiño*

Porfirio Barba-Jacob dando alaridos por toda América,  
Primitivos alaridos desesperados, gritos de parturienta,

Que horrorizarían a Mr. Eliot tan educado, un verdadero gentleman.  
Porfirio desmelenado, como las furias, sin ninguna consideración por mi barrio,  
Porfirio avolcanado, echando lava y humo por toda América,  
Desgreñado, peludo, moviendo las aspas como un molino;  
No creo que haya sido recibido en el cielo con esos modales.  
Y sin embargo también era un solitario entre llamas y azufres,  
Sufriendo de desmesura terrenal, arrebatado, acosado, energúmeno,  
Viniendo hacia mí con grandes berridos atemorizantes,  
Yendo de aquí para allá como si fuera el viento,  
Que a veces amaina y se vuelve tierno entre las cosas débiles,  
Y luego otra vez tumultuoso y desordenado como río salido de madre.  
Exaltado, turbulento, tempestuoso,  
Para qué tanto afán, esos gritos me alteran los nervios.  
Pero él creía que tenía que gritar, un americano rústico,  
Bramando como un poseso, balando, todo el tiempo clamando,  
Arrastrando un dolor demasiado grande,  
Dando puños a todo,  
Arbitrario, desaforado, devastado, palidísimo,  
Al trote y al galope,  
Para qué tanta agitación, fatigarse con imprecaciones.  
Más vale quedarse en silencio delante del té.  
Demasiadas preguntas para la única respuesta disponible,  
Y esa retórica ampulosa de la época, que complicaba las cosas.  
Después de asustarnos desconsideradamente con la máxima alarma,  
Habiendo dado a nuestra puerta, tan respetable, unos golpes tremendos,  
Se quedaba de pronto tranquilo, mirando el campo,  
El árbol que sombrea la llanura, el cordero que paca la grama, el son del viento en la arcada.  
Y sin embargo necesitó de toda esa fuerza para revelarnos su existencia y la nuestra.  
Sin su grito estentóreo, en aquellos años apacibles entre las dos guerras, es posible que no nos  
hubiésemos enterado de nada.  
Pero, ¿Por qué nos apura en el peor momento,  
Cuando llegamos al punto donde se borra el camino?

## JOTAMARIO DE CALI

*... y continúa muy puñaletero el maldito...*

GONZALO ARANGO

*"Barbilindo poeta"* se describió a sí mismo con sorna, con amor, encabritado en esa "pirueta bufa" con que el crítico lo define.

La autocrítica y el auto elogio van parejos en su vida desvergonzada.

Es más: en un escrito afirmó ser la verga más vergaja de Colombia, para estupor de tantos lectores castísimos de Bogotá,

Y no hay duda de que él lo decía con sus segundas intenciones, como todo lo que hace y lo que ha hecho desde un principio,

Cuando aseguraba públicamente, con el cinismo de su escuela,

Que una obra no es de quien la escribe sino del primero que la publica.

En su juventud se daba fama de cuchillero en su barrio,

Pero todos sus amigos lo queríamos cuando lo íbamos a visitar bajo algodones y gasas,

Suspirando en la tarde soñolienta por una venganza incompleta,

Levantándose antes de tiempo y quitándose los vendajes con desprecio,

Pero volviéndoselos a poner cuando los visitantes se alejaban.

Entre los nadaístas, Jotamario es el cuento de nunca acabar.

Gonzalo Arango lo quería más que a sus mujeres,

Y mucho más que a sí mismo, pues varias veces arriesgó su vida por la de él,

Y pasó muchas noches escribiéndole sus mejores cartas

Con ese amor que Gonzalo tuvo por sus amigos, por lo cual ellos le amaron asimismo

Más que a sus mujeres y a sus amantes y que a su patria,

Porque la patria son nuestros amigos –no son unas piedras–.

También Jotamario ha sabido ser un señor de sólido corazón para con sus amigos,

Jodido como él mismo pero dispuesto a hacer valer su derecho

De amar –y de odiar– si el amor no le bastaba.

Con un sombrero de Judío Errante y unas botas largas de mujer

Atravesó los peores inviernos de la capital y con los mismos el verano,  
Pero siempre él mismo en verano y en invierno.  
Violento hasta el delito y tierno hasta las lágrimas,  
Sobrio o borracho está siempre ebrio de todo,  
Y gira a la velocidad de los planetas  
Que parecen dormidos como un trompo hasta que de pronto cabecean.  
Ingenioso y brillante, inteligente y ruidoso, siempre en contravía,  
También la Tierra ha chocado con él como cuando le arrebató a María de las Estrellas,  
Pero Jotamario: "Esa puta Tierra me las pagará,  
Yo soy Jotamario".  
Aunque despedazado  
Siguió siendo Jotamario,  
Y se le veía muy compuesto por las calles de Bogotá,  
Pero tenía los huesos pegados con esparadrapo.  
Me quito el sombrero y le digo: –Señor Jotamario,  
Yo lo quiero mucho y todos sus amigos lo quieren,  
Especialmente la poesía lo quiere,  
Y está dispuesta a irse con usted para aquella isla  
Donde tanto soñó con ella en aquellos malos tiempos pero con buenos paisajes,  
Donde se forja la decisión de un hombre criado en un barrio pobre,  
Desde niño acostumbrado a defenderse con la navaja y a escabullirse de la policía,  
Que sin embargo varias veces le rajó la cabeza y por eso tuvimos que ir al hospital,  
Pero siempre tan contento de parecerse a Apollinaire,  
Con su fama de bandido bien cimentada en los periódicos,  
Aprovechando la convalecencia para revisar sus poemas con la calma de los enfermos,  
Y esperando que le dieran de alta para volver a los mismos lugares.  
Toda la vida lo he conocido como un cabeciduro,  
Lo cual no le quita lo inteligente sino que le agrega lo tenaz,  
Siempre sin importarle el mañana o el qué dirán,  
Siempre haciendo todo lo que le ha dado la gana,  
Y negándose a hacer lo que por nada del mundo haría.  
Enemigo del campo, su meta es la sociedad post-industrial, el whisky con hielo, la vida leve,

Pero si le pones un obstáculo se te vuelve una fiera.  
Por eso sus poemas son dulcísimos cuando está enamorado,  
Y cuando la vida lo acosa sus poemas son pendencieros y bastardos.  
En el pleno ejercicio de su arte lo saludo y en el pleno disfrute de la vida,  
Sabio en poesía y sabio en las cosas del mundo.  
Podemos confiar en él porque tiene un palo atravesado en el corazón.  
Su poesía nos es necesaria para el esclarecimiento y el goce.  
En él tenemos a quién aplaudir y con quién llorar y reír.  
Inscrito está como Nijinsky entre los "payasos de Dios".

## LICANTROPIA

1

Yo erraba flotando por la tierra,  
Y a punto de desaparecer me detenía  
En el aire de los lejanos barrios nocturnos, sobre las altas lámparas oscilantes,  
En espera de ese momento en que la luz nos acogiera.

2

Te pusiste a orinar tan desafiante delante de mí. Mal hecho. Después me quedaría acordando de eso.  
Y por eso fue que tuve que ponerme a caminar por los aires, como volando,  
Hasta que dejaras de orinar, ¡pero cuándo será!

3

Si uno viaja en auto, durante la noche,  
No se tiene que poner a tocarse con los compañeros,  
Porque después cada uno se despide pero no se va,

Sino que se queda para siempre con los mismos quince años que tenía en aquel viernesanto,  
El auto eternamente volando bajo espinas y clavos con una sangre roja como de fruta  
Que no ha conocido el diente.

4

Cuando te vuelvas a bañar en una alberca que está en el pasado, debes hacerlo solo.  
Menos mal que ahora vives en Nueva York, donde yo nunca iré.  
Porque aquella vez dijiste esas cosas obscenas,  
Cosas de muchachos, que no significan nada.

5

Aunque niño todavía,  
Siempre estaba abrazándome para que lo besara,  
Con esa ternura que anda buscando a quién darse.  
Su padre lo mató obligándolo a hacer a pie un viaje muy largo.  
Ese niño estuvo varios años en el infierno,  
Y después salió tocando la pandereta.

6

En Fundación, reverberante y bulliciosa,  
Se me apareció un joven desconocido que me dijo:  
-Te vi salir de Santa Marta y de inmediato he tomado un carro  
Para venir a alcanzarte en esta estación, donde el tren hace una parada larga.  
Seguiré contigo hasta Gamarra, en el interior de las tierras cálidas,  
Y desde allí retornaré porque mi abuela me espera.  
No me dijo su nombre. Nos tomamos las manos. Se despidió alegremente.  
Así deben ser todas las historias de ángeles.

7

Si vas a Cartagena, en Boca Chica

Los guías negros y los bateleros te ofrecerán sus servicios.

Sonrientes y obsequiosos, seas hombre o mujer,

Te conducirán a una playa solitaria para que tengas el recuerdo que quieras de aquel breve viaje de turismo.

Si te niegas a hacerlo se sentirán ofendidos y lo tomarán a desprecio.

Te dirán como a mí: "No sabes lo que te pierdes. La próxima vez es mejor que no vengas".

8

Sus padres, que lo amaban, estaban de acuerdo en que mi amistad era lo más conveniente.

Por lo menos así estarían ellos seguros.

Y de ese modo todos fuimos felices.

No hay duda de que eran unos padres inteligentes.

9

Con su encantadora cabeza de dormir,

Y unos ojos azules y desamparados,

La piel transparente, el corazón pequeñito,

Sin fuerzas para extraer la crema dental,

Dejó caer sus ropas frente a mí y me dijo:

"He venido para que seas mi padre".

## EL MUNDO DE LAS MARAVILLAS

En las riberas del río La Miel comí hongos alucinógenos. Me produjeron fiebre y vómito.

En Barranquilla fumé una marihuana llamada "La puerta de oro". Se me reventaron los oídos, padecí el sudor frío, me puse tembloroso, estuve grave.

Entonces tomé LSD y fue peor. Sufro alucinaciones. Estoy alucinado. Mi novia se llama Lucina.

Tomé sedantes, y encima de los sedantes tomé estimulantes. Tenía un amigo farmacéutico que me dispensó su farmacia. Mi cuarto estaba lleno de drogas, todo el piso cubierto de drogas, se caminaba sobre agujas. Pero ninguna droga pudo darme la belleza, la lozanía, la majestad, el aroma, la magia de una simple rosa rosada en su rosal.

Con la coca se me rompieron las narices, me sentí ahogado por el aire, tenía un montón de pañuelos junto a mí.

El basuco. Diez basucos no me hicieron ver ni sentir más de lo que normalmente veo y siento. Perdí el tiempo en un trastrochar sin sentido.

Tomé todos los licores. Me produjeron sueño, pesadez de cabeza, expresión descontrolada. No tomé más licores.

Tabacos y cigarrillos los tuve en abundancia. No logré aficionarme al tabaco. Pensar un poco me trae mejores humos.

El hachís, el opio, el tiosulfato, la sienita de nefelina, la alunita,

La flor del borrachero, la flor de la amapola, la hoja de la coca, la adormidera, la picadura de ciertos insectos, en nada de eso encontré más de lo que siempre he tenido, sino menos.

Acudí a la magia, los esotéricos, los espiritistas, los hechiceros, los practicantes de ritos negros, de rituales indígenas, el yagé. Ninguno de ellos pudo mostrarme nada más bello y más fresco y más claro y más limpio que la simple agua que llovía por el tejado de mi casa.

Me inscribí en cursos de yoga, de gimnasia sexual, terminé en un club de sadomasoquistas.

¿Qué faltaba? La coprofilia, la necrofilia. También teníamos nuestro club.

Me junté con asesinos, con asaltantes de caminos, con gentes de puñal y pistola, fui a parar a la cárcel, me fingí loco y me trasladaron al manicomio.

En el manicomio comí sapos, me pusieron una linda camisa de fuerza, me chuzaron con cien inyecciones diarias. Mi mayor dificultad fue salir del manicomio. Me fingí cuerdo. No me creían.

En los manicomios está prohibido curar a los pacientes.

Me hice ayudante de camión, viajé a la costa para traer contrabando, esto fue con Lucho. Aprendí el tráfico de drogas, me arrojé al mar desde una avioneta a baja altura.

Me persiguieron con balas, con tiburones teleguiados, con lanchas salvavidas. Me persiguieron con jueces, con motocicletas, con ametralladoras.

Después todos en el mundo se convencieron de mi inocencia, simplemente porque les dije con énfasis: "¡Carajo! ¡Yo soy inocente! ¿No lo estáis viendo?".

El verbo "estáis" tiene siempre unos efectos tremendos.

---

## ÑAPA

## ATRACO

Quando seguimos los consejos de un dibujo norteamericano que dice "SONRÍA",  
Nuestra sonrisa incita a la burla porque es una sonrisa falsa y publicitaria.  
La verdadera sonrisa, la que expresa la plenitud del alma y la comprensión del mundo,  
Manifiesta beatitud y por lo tanto se recibe con agradecimiento y admiración,  
Pero la falsa sonrisa desenfunda la ira del que se siente engañado,  
Pues aspiraba al amor serio y reflexivo,  
Que tiene en cuenta el sufrimiento y todas las condiciones humanas,  
Y no a la payasada norteamericana,  
Cuya algarabía sirve para ocultar el estruendo de las armas,  
Y el engaño y la traición con que nos despojan en medio de la más calculada sonrisa que aconsejan  
los técnicos y los expertos psicólogos comerciales de Wall Street:  
"Sonríe mientras te hago el harakiri,  
sonríe amor mío mientras te desplumo,  
tu cadáver sonriente será más hermoso,  
no dejes de sonreír para que no se advierta tu miseria,  
sonríe para que no se note que tus costillas tiemblan,  
¡sonríe, suramericano, sonríe!"

## ANUNCIO EN UN SUEÑO

la muerte

es su  
natural y  
necesario  
progreso.  
ojalá  
lo cumpla  
y evítese  
represalias  
por  
las demoras.

## INDICE

Perorata

Sarta del río Cauca

La casa de Bob

La muerte del novio

El solitario de Cayo Bolívar

Inscripción

Convocando el olvido

Palabras mayores

Mi vida con el chamán

Las hijas del muerto

San Lorenzo

Ciro de Medellín

Porfirio Barba-Jacob

Jotamario de Cali

Licantropía

El mundo de las maravillas

*Ñapa:*

Atraco

Anuncio en un sueño

